

*Lord John y la mano  
del diablo*

# Índice



Prólogo	11
LORD JOHN Y EL CLUB HELLFIRE	
Parte I: Un hombre pelirrojo	17
Parte II: Conspiración	32
Parte III: Bautizado con sangre	49
LORD JOHN Y EL SÚCUBO	
Prólogo	65
Capítulo 1: La muerte cabalga sobre un caballo blanco	67
Capítulo 2: ¿Pero qué es lo que hace exactamente un súcubo?	89
Capítulo 3: Un remedio para el insomnio	110
Capítulo 4: Los hombres del cañón	124
Capítulo 5: Sueños oscuros	133
Capítulo 6: Abracadabra	157
Capítulo 7: Emboscada	166
Capítulo 8: La bruja	176
Epílogo: Entre trompetas	191
LORD JOHN Y EL SOLDADO HECHIZADO	
Prólogo	197
Parte I: Inquisición	199
Parte II: Asuntos de familia	258
Parte III: El regreso del héroe	306

# PARTE I



## Un hombre pelirrojo

*Londres, 1756*

*Club de Caballeros Beefsteak, sociedad para el reconocimiento del filete inglés*

Lord John Grey apartó los ojos de la puerta. No. No. Tenía que conseguir no volverse. Necesitaba otro lugar en el que centrar su mirada, y posó sus pupilas sobre la cicatriz de Quarry.

—¿Nos tomamos algo, señor? —Harry Quarry vació su copa de burdeos sin apenas esperar a que el camarero del club pudiera llenar la de su amigo, y alargó el brazo para que le sirviera un poco más—. Quizá incluso deberíamos tomarnos otra para celebrar que has vuelto de tu gélido exilio. —Quarry esbozó una amplia sonrisa y la cicatriz tensó el rabillo de sus ojos, dibujándole un pícaro guiño en el rostro, al tiempo que volvía a levantar el vaso.

Lord John aceptó el brindis y alzó su copa, pero apenas probó el vino. Se esforzaba por mantener los ojos clavados en el rostro de Quarry e intentaba, con dificultad, no volverse a mirar aquel ardiente reflejo que había llamado su atención en el pasillo y le había dejado encandilado.

La cicatriz de Quarry se desvaneció hasta convertirse en una fina línea cuya existencia era evidente sólo por el lugar en que se encontraba, justo en el centro de aquella rubicunda mejilla. Enmarcada por las numerosas arrugas provocadas por su dura vida,

aquella marca, en realidad, lucía como la insignia de honor que su propietario consideraba que era.

—Te agradezco que aprecies mi vuelta —dijo Grey. No dejaba de notar los latidos de su corazón en los oídos y el retumbar ahogaba las palabras de Quarry, que, por otro lado, tampoco aportaban demasiado.

«No es él», intentó tranquilizarlo su mente sensata. «No puede ser él.» Y, sin embargo, la cordura no tenía nada que ver con el maremoto que había inundado sus emociones. Una oleada de sensaciones le recorrió de la nuca hasta las nalgas, y sintió una fuerza que lo empujaba a ponerse en pie e ir en busca del hombre pelirrojo que había visto con el rabillo del ojo.

El codo de Quarry golpeó a John de un modo un tanto grosero y lo devolvió al presente.

—... entre las damas, ¿verdad?

—¿Cómo?

—He dicho que yo no soy el único que se alegra de que hayas regresado. Mi cuñada me ha pedido que te mande recuerdos y que descubra dónde te alojas. ¿Estás junto al resto del regimiento?

—No, duermo en casa de mi madre, en la calle Jermyn. —Grey se dio cuenta de que su copa seguía llena y le dio un buen trago. El burdeos del Beefsteak era excelente, pero apenas consiguió apreciar su buqué. Un tumulto de voces procedente del vestíbulo empezó a subir de tono de forma amenazante. El barullo tenía pinta de acabar en altercado.

—Ah. En ese caso le informaré como es debido. Estoy seguro de que con el correo de la mañana te llegará una invitación. Debo confesarte que Lucinda te ha echado el ojo para una prima suya. Tiene un rebaño de parientes pobres, aunque bien parecidas, a quienes pretende ayudar a casarse bien. —Quarry

sonrió y dejó entrever sus dientes—. Que conste que te he avisado.

Grey asintió con educación, acostumbrado a que le hicieran aquella clase de proposiciones. Como era el pequeño de cuatro hermanos no albergaba ninguna esperanza de llegar a poseer un título algún día, pero el nombre de su familia era centenario y respetable, su apariencia no carecía de encanto, no tenía necesidad de traer al mundo a un heredero y, además, disponía de medios solventes.

De repente, la puerta se abrió y provocó una corriente de aire que recorrió toda la habitación. El aire hizo rugir el fuego, que ardía en la chimenea como las llamas del Hades, y las chispas saltaron hasta la alfombra turca que reposaba bajo sus pies. Grey agradeció aquella ráfaga de calor que le daba una excusa para explicar el color que se había adueñado de sus mejillas.

«No se parece a él. Claro que no se parece a él. ¿Quién se podría parecer a él?» Y, no obstante, una extraña sensación de decepción, y no de alivio, se adueñó de su agitado pecho.

Era cierto que ese hombre tenía una estatura considerable, pero no tanto. Su complexión era ligera, casi delicada, y era joven; Grey pensó que debía de ser más joven que él. Pero su pelo... sí, su pelo era muy parecido.

—Lord John Grey. —Quarry había interceptado al pelirrojo, lo había agarrado por la manga y le había dado la vuelta para presentárselo—. Permíteme que te presente a mi primo político, el señor Robert Gerald.

El joven Gerald asintió con brevedad e intentó reprimir lo que fuera que había teñido de rojo la pálida piel de su rostro. Poco a poco, pareció recuperar la compostura, hizo una reveren-

cia y miró a Grey a los ojos, para saludarlo con la debida cordialidad.

—A su servicio, señor.

—Lo mismo digo. —No era color cobre, ni zanahoria; se trataba de un profundo tono rojizo, casi bermejo, con destellos y mechones de cinabrio y dorado. Por suerte, sus ojos no eran azules, sino de una suave y luminosa tonalidad de marrón.

La boca de Grey se secó por completo. Por fortuna, Quarry les ofreció otra copa y, después de que John aceptara su oferta, chasqueó los dedos para llamar la atención del camarero, que acto seguido los condujo hacia el grupo de sillones que aguardaba en una esquina del salón. La neblina provocada por el humo del tabaco flotaba como una cortina sobre otros miembros del Beefsteak que aparentaban ser menos cordiales.

—¿Quién era el hombre al que se oía en el pasillo? —preguntó Quarry en cuanto se sentaron—. Seguro que era Bubb-Dodington. Ese tipo tiene la voz de un frutero ambulante.

—Yo... él... sí, era él. —La piel del joven Gerald, que aún no se había recuperado de su anterior excitación, se enrojeció de nuevo para el evidente regocijo de Quarry.

—¡Vaya! ¿Y qué clase de pérfida proposición te ha hecho Bob?

—Ninguna. Él... sólo una invitación que no he querido aceptar, eso es todo. ¿Es necesario que grites tanto, Harry? —En aquella esquina del salón hacía un poco de frío, y Grey pensó en calentar sus manos en el fuego que ardía en las suaves mejillas de Gerald.

Quarry resopló divertido, al tiempo que observaba las sillas de alrededor.

—¿Quién me va a escuchar? El viejo Cotterill está más sordo que una tapia, y el general va por el mismo camino. Y, en cualquier caso, si se trata de algo tan inocente como sugieres, ¿por

qué te preocupa tanto? —Los ojos de Quarry se posaron sobre los de su primo político con aire penetrante e inteligente.

—Yo no he dicho que fuera una proposición «inocente» —contestó Gerald con sequedad mientras recuperaba la compostura—. Simplemente he dicho que no la había aceptado. Y eso, Harry, es todo cuanto vas a oír sobre este asunto, así que deja de mirarme con esa cara. Quizá ese truco funcione con tus subalternos, pero a mí no conseguirás embaucarme.

Grey se rió y, poco después, las carcajadas de Quarry se sumaban a las de su amigo. Con un brillante destello en los ojos, el hombre de la cicatriz le dio una palmadita en el hombro a Gerald.

—Mi primo es la discreción personificada, lord John. Y así es como debe ser, ¿verdad?

—Tengo el honor de ser el secretario más joven del primer ministro —explicó Gerald al descubrir cierta curiosidad e incompreensión en los rasgos de Grey—. Aunque los secretos de Estado sean bastante aburridos, o al menos ésa es la opinión de Harry —dijo con sorna mientras le dedicaba una sonrisa maliciosa a su primo—, no estoy autorizado a difundirlos.

—Estoy seguro de que carecen de interés para lord John —insistió Quarry adoptando una pose filosófica. Luego se bebió de un trago su tercera copa de burdeos añejo, con una prisa chabacana más propia de un mozo que de un hombre de su posición. Grey, que vio cómo el camarero más veterano del club cerraba los ojos horrorizado ante aquel acto de profanación, sonrió con discreción, hasta que se dio cuenta de que el joven Gerald le miraba, al tiempo que esbozaba otra sonrisa cómplice.

—Esos asuntos sólo interesan a aquellos que están íntimamente relacionados con el tema en cuestión —dijo Gerald sin dejar de dirigirse a Grey—. Las batallas más feroces son aquellas en las que hay menos cosas en juego, ¿sabe? Por cierto, ¿qué cla-

se de materias le interesan a usted, lord John, si la política no llama su atención?

—No piense que es falta de interés —contestó Grey mientras aguantaba la mirada de Robert Gerald con descaro. «No es falta de interés en absoluto»—. En realidad, creo que mi problema es la ignorancia. Llevo bastante tiempo fuera de Londres y he perdido bastante el... contacto.

Sin pensarlo, Grey apretó la copa con su mano y deslizó el pulgar con lentitud hacia arriba para acariciar la fría superficie de cristal como si fuera la piel de otra persona. Entonces dejó la copa en la mesa de forma precipitada y, al reparar en el brillo de su anillo de zafiro azul, pensó con ironía que parecía un faro de advertencia. Debía reparar en el salvaje mar que se extendía a sus pies.

Sin embargo, la conversación navegó con serenidad, a pesar de las disquisiciones jocosas de Quarry acerca de su reciente destino a la salvaje Escocia o sus especulaciones sobre las perspectivas de los oficiales de su hermano. Pero como el primer tema era terra prohibita y el segundo terra incógnita, Grey esperó hasta que la conversación se desvió hacia otros asuntos: caballos, perros, habladurías típicas de los regimientos y otras cuestiones con las que los hombres se solían sentir más cómodos.

Pero, de vez en cuando, Grey volvía a notar la presión de aquellos ojos marrones, que se posaban sobre él con una expresión especulativa que la modestia y la precaución le impedían interpretar. Por eso no se sorprendió demasiado cuando, al salir del club, y después de que Quarry se detuviera a saludar a un conocido, él se encontró a solas con Gerald en el vestíbulo del Beefsteak.

—Ya sé que estoy abusando de una forma intolerable de usted, señor —rompió el hielo Gerald, al tiempo que se acercaba a él lo suficiente como para poder hablar en voz baja y evitar



que sus palabras llegaran a los oídos del sirviente que les sujetaba la puerta—. Sin embargo, y si usted no tiene inconveniente, me gustaría pedirle un favor.

—Le aseguro que estoy a su completa disposición —contestó Grey mientras la calidez del burdeos le recorría las venas y daba paso a una sensación mucho más intensa.

—Me gustaría... Lo cierto es que tengo dudas sobre una circunstancia que acabo de descubrir. Y, como usted acaba de regresar a Londres, quizá tenga la ventaja de poseer una perspectiva distinta, algo de lo que yo carezco debido a un exceso de confianza. No hay nadie... —Buscó las palabras adecuadas y luego posó sus grandes e inquietos ojos en lord John—. ¡No puedo confiar en nadie! —susurró con ímpetu. Luego agarró a lord John del brazo con una fuerza sorprendente—. Es posible que no sea nada, pero necesito ayuda.

—Si está en mi poder ofrecérsela, le garantizo que la tendrá. —Los dedos de Grey tocaron la mano que le agarraba del brazo; Gerald tenía los dedos fríos. Entonces la voz de Quarry resonó por detrás de ellos rebosante de jovialidad.

—En el Change, cerca del Arcade —dijo Gerald a toda prisa—. Hoy, antes de que sea noche cerrada. —Gerald soltó el brazo de Grey y desapareció dejando tras de sí la estela de su vibrante pelo sobre su casaca azul.

Grey pasó la tarde entre ineludibles visitas a sastres y abogados. Después hizo un esfuerzo por ir a ver a algunos conocidos a los que tenía un tanto olvidados para llenar las horas vacías que quedaban antes de que oscureciera. Quarry, que parecía un poco aburrido, se había ofrecido a acompañarlo y lord John no puso objeción alguna. Su compañero era un hombre directo y jovial

por naturaleza, y su conversación solía limitarse a las cartas, la bebida y las prostitutas. A decir verdad, tenían muy poco en común, salvo el regimiento. Y Ardsmuir.

Al encontrarse a Quarry en el club aquella mañana, había sentido la tentación de evitarlo pensando que era mejor que los recuerdos siguieran enterrados. ¿Pero realmente se podía soterrar la memoria cuando su personificación seguía con vida? Quizá fuera posible olvidarse de un hombre muerto, pero no de alguien que sólo estaba ausente. Y las llamas del pelo de Robert Gerald habían prendido unas brasas que John creía haber conseguido apagar hacía tiempo.

Mientras liberaba su capa de soldado de las garras de un mendigo inoportuno, Grey pensó que era poco inteligente por su parte alimentar esa chispa. Las llamas descontroladas eran muy peligrosas. Lo sabía tan bien como cualquier otro hombre y, sin embargo..., las horas que había pasado entre las multitudes de Londres y los esfuerzos que había hecho para socializarse le habían generado una añoranza inesperada del apacible norte. De repente, sentía un deseo irrefrenable de, al menos, poder hablar sobre Escocia.

Mientras se dirigían a uno de sus recados, pasaron junto al Royal Exchange y Grey miró con disimulo en dirección al Arcade. Vio la pintura chillona y los carteles destrozados, la amalgama de vendedores ambulantes y transeúntes, y la expectativa creció en su interior. Era otoño y la oscuridad de la noche no tardaría en sobrevenir.

Se acercaron al río y oyeron los gritos de los comerciantes de berberechos y los pescaderos, que resonaban por los callejones serpenteantes, y un frío viento que portaba hedor de alquitrán y madera les hinchó las capas como si fueran un par de velas. Quarry se volvió e hizo un gesto por encima de las cabezas de la multitud en dirección a una cafetería. Grey asintió, agachó la cabeza y se abrió paso a codazos en dirección a la puerta.

—Cuánta gente —exclamó lord John mientras se abría cami-

no por detrás de Quarry hasta la paz relativa de un pequeño establecimiento con olor a especias. Se quitó el tricornio, recolocó su escarapela roja, torcida debido a los empujones que se había llevado entre el gentío, y se sentó. Grey era un poco más bajo que un ciudadano medio, y en las aglomeraciones siempre se sentía en desventaja.

—Había olvidado el bullicioso hormiguero que es Londres. —Inspiró hondo, cogió el toro por los cuernos y se enfrentó al tema—. Esto no tiene nada que ver con Ardsmuir.

—Yo había olvidado el agujero solitario que es Escocia —le contestó Quarry— hasta que apareciste en el Beefsteak esta mañana para recordármelo. ¡Por las Antillas! —Levantó la taza humeante que había aparecido como por arte de magia junto a él y dedicó una ceremoniosa reverencia a Grey. Bebió y algo, el recuerdo de Escocia o la calidad del café, le hizo estremecerse. Frunció el cejo y alargó la mano para coger el azúcar.

—Gracias a Dios, ya estamos los dos muy lejos de allí. En aquellas tierras se te congela el culo tanto si estás a cubierto como al raso y la maldita lluvia se cuele por todas las grietas y ventanas. —Quarry se quitó la peluca, rascó su calva incipiente sin timidez alguna, y se la puso de nuevo.

—Allí no había ninguna sociedad que valiera la pena, Grey, y jamás conseguí acostarme con una prostituta de cuyas intenciones no desconfiara. Te juro que si no hubieras venido a rescatarme me hubiera llevado una pistola a la cabeza después de un mes. ¿Quién es el pobre diablo que te sustituyó a ti?

—Nadie. —Grey también se rascó el pelo con aire distraído, contagiado por el picor de Quarry. Miró hacia afuera; la calle seguía abarrotada, pero el cristal reforzado del establecimiento amortiguaba el ruido de la multitud—. Ardsmuir ya no es una cárcel; han deportado a todos los prisioneros.